







# LA PRINCESA Y EL PRESIDENTE

novela **VERGARA**





# LA PRINCESA Y EL PRESIDENTE



Valéry Giscard d'Estaing

Traducción de Manuel Serrat Crespo



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile





Título original: *La Princesse et le Président*

Traducción: Manuel Serrat Crespo

1.ª edición: marzo 2010

© Éditions de Fallois / XO Éditions, Paris, 2009

© Ediciones B, S. A., 2010

para el sello Vergara

Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-4436-5

Depósito legal: B. 2.566-2010

Impreso por LIMPERGRAF, S.L.

Mogoda, 29-31 Polígon Can Salvatella

08210 - Barberà del Vallès (Barcelona)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



*Promesa cumplida...*







## I

### El amor inglés

«I love you! I love you...»

*El presidente de la República francesa, Jacques-Henri Lambertye, habla por teléfono. Está sentado ante su escritorio, de caoba con medallones de bronce dorado en los costados. Se inclina hacia delante y habla con ambas manos en las orejas, incluida la que sostiene el auricular, aislado por completo de los sonidos del mundo exterior.*

«I love you!»

*Estoy aterrada. Me encuentro envuelta en las cortinas de terciopelo beige que separan la doble puerta de la secretaria y la del despacho del presidente para ahogar los ruidos. He llamado antes de entrar, sin duda demasiado débilmente, pero me molestaba el dossier que llevaba bajo el brazo. He oído un murmullo y lo he interpretado como una aprobación, cuando se trataba de una conversación por teléfono, y he avanzado apartando las cortinas.*



*El presidente está de espaldas, pues la puerta se abre tras su mesa de despacho, a la derecha. Sigue hablando. Intento retirarme, sin duda oírá ruido y pensará que he venido a escucharle. Preguntará a su secretaria. El instinto decide por mí. Me adelanto rozando las cortinas, cuyos anillos comienzan a tintinear.*

*El presidente oye el ruido, se vuelve y me ve. Su mano izquierda ha colgado ya el auricular. Me mira y, puesto que se muestra siempre dueño de sí mismo, no da indicio alguno que haga pensar que he podido escuchar sus palabras, sólo un leve temblor en su mano puesta aún sobre el teléfono. Un corto instante de espera, luego:*

*—¿Es usted, Anne? —me dice—. ¡Entre! ¿Qué me trae usted?*

*—La señora Burgenne me ha indicado que deseaba usted disponer del dossier de prensa del Consejo europeo, antes de su salida hacia Bruselas, para echarle una ojeada durante el trayecto. Aquí está —digo, y me acerco para tenderle una carpeta de cartón verde. La toma y veo que me observa.*

*—Se lo agradezco —me responde—. En efecto, voy a ir a Bruselas en tren. Es lo más sencillo y rápido. Hasta la vista.*

*Nada en su mirada descubre el hecho de que piense que le he oído hablar por teléfono. Tal vez imagine que la protección de sus manos ha bastado para ahogar los sonidos. Pero le he oído, y sé que el presidente Lambertye está enamorado, y que su amor es de lengua inglesa.*





*Me llamo Anne Denîmes, aunque más bien Anne a secas para mi actividad en la secretaría general de la Presidencia. Será fácil encontrarme pues he trabajado durante cinco años en el Elíseo, en el servicio de prensa del presidente Jacques-Henri Lambertye. Me encargaba de las relaciones con la prensa extranjera, especialmente anglosajona. Mido un metro sesenta y ocho, tengo el pelo rubio dorado, bastante corto. Prefiero llevar faldas que pantalones, pues creo que mis piernas son interesantes. Las fotos de las revistas les dirán el resto.*

*Roger Théron, director del Paris-Match, donde estuve empleada como periodista durante dos años, fue quien me recomendó. Era amigo del presidente y éste buscaba, al parecer, una ayudante que dominara perfectamente el inglés. Yo respondía a este criterio, porque mi madre es americana, natural de Virginia del Oeste. De modo que Roger Théron le aconsejó: «Debiera usted convocar a mi colaboradora Anne Denîmes. Creo que podría serle de utilidad.» Mi trabajo consistía en preparar, cada mañana, una revista de prensa con los periódicos anglosajones. El presidente quería que fuese corta, cuatro o cinco páginas como máximo, y que se refiriera exclusivamente a los títulos y los editoriales. Para las informaciones, confiaba en la prensa francesa. Y era también responsable de la preparación de las entrevistas que el presidente aceptaba conceder a los periódicos ingleses y americanos, lo que sucedía pocas veces.*

*Me gustaba trabajar con el presidente o, más exac-*





tamente, trabajar para él. Lo veía pocas veces, con ocasión de una de esas entrevistas o para proporcionarle alguna información que me solicitaba, aproximadamente una vez por semana, pero sentía cierto bienestar cuando me recibía, pues es un hombre tierno, a pesar de su apariencia algo rígida. Se advierte que intenta protegerse.

No voy a describirlo pues todo el mundo lo conoce. Diré sólo que es más alto de lo que puede creerse al mirar sus imágenes, que no tiene grasa alguna en la cintura o el estómago y que se viste con cuidado, de un modo demasiado clásico, anglo-italiano, pero que me gusta. Añade ciertos detalles, solapas en los bolsillos, el cuarto botón desabrochado en el extremo de las mangas de su chaqueta, pues no es indiferente a las tendencias de la moda del momento. Me parece seductor.

Me hubiera gustado que se interesara por mí como mujer, que me manifestase cierta curiosidad, algún deseo. Tengo veintiocho años y mi silueta está bastante bien. ¡Me parece que valgo la pena! Mis colegas femeninas de la secretaría del Elíseo han advertido ese atractivo, y las enoja, pues ven en él un manejo para «consolidar mi influencia». Mi influencia no se ve en absoluto amenazada y, en todo caso, no por el saber lingüístico de mis rivales. Es sencillamente que él hace latir un poco más deprisa mi corazón.

Precisamente, durante los calores caniculares de un verano, le llevé a su despacho un ejemplar del Wall Street Journal donde se hablaba de él y que me había





*pedido. Se sentó en un sofá para leerlo y me invitó a instalarme en un sillón, frente a él. Levantaba de vez en cuando la cabeza, como reflexionando. Sentí que comenzaba a mirarme. Yo llevaba una camiseta blanca que se detenía a ras de cuello y una falda de lino beige que el calor había arrugado. Mis rodillas y mis hombros estaban bronceados debido a mis sesiones de entrenamiento en la piscina. Crucé las piernas y sentí en la atmósfera un hormigueo eléctrico, y la presencia, semejante a un olor, de minúsculos corpúsculos químicos. Aguardé a que su mano viniera a mi encuentro, pero no ocurrió nada. Su mirada se demoró en mí, luego volvió a sumirse en la lectura. Aquel descubrimiento a medias no se ha repetido desde entonces.*

*Debo decir que tras la muerte de su esposa, la fina y discreta Monique, fulminada por un cáncer hace cuatro años, ha atravesado un largo período de angustia. Nunca le oí hablar de ello, pero observaba en sus ojos un fenómeno extraño. Cuando te miraba se veía, en efecto, un fulgor preciso en la superficie del globo ocular, que expresaba el interés o la curiosidad, pero se percibía, o se creía percibir, tras él, una especie de segundo párpado, opaco, de color crema, que cortaba cualquier relación con la sensibilidad interior.*

*Su vitalidad ha vuelto. Su mirada no tiene ya trasfondo. Se sume en las actividades de su segundo mandato, que se le renovó el año pasado con más del cincuenta y seis por ciento de los votos, después de que su adversario de extrema izquierda lanzara contra él una*





*campana que yo consideré colérica y, a la vez, vacía de proyectos.*

*Voy a darle la palabra para que cuente personalmente la historia de su pasión compartida con la princesa de Cardiff, que lleva el título de una ciudad situada en el país de Gales. Fui una testigo privilegiada, puesto que mi cargo me permitió asistir a sus primeros encuentros. Luego seguí los acontecimientos de más lejos, especialmente en la prensa, pero sobre todo en forma de mil señales, arrugas, pliegues de la piel, estremecimientos como los que se advierte en el cuello de los caballos, de todos esos signos que notaba en el rostro del presidente Lambertye y, a veces, incluso en las palabras que se le escapaban.*

*Suele decirse que los escritores, incluso los más conocidos, hacen que otros escriban algunos pasajes de sus libros. Para mí, es más bien el caso contrario: escribo este libro porque otro no lo escribe. He esperado a saber si el presidente Lambertye contaría algo al respecto. Nada se ha producido. Desde el final de su segundo mandato, vive con la princesa en el sur de la Toscana. Da algunas conferencias en los Estados Unidos y en Quebec, y prepara, al parecer, una detallada biografía de Miguel Ángel para sustituir la de Irving Stone, que le parece en exceso novelada.*

*Pero ¿cómo puedo hablar por él, me dirán ustedes, y reproducir diálogos que no he escuchado? En primer lugar, escuché algunos, y he reconstruido los demás a partir de lo que conozco del presidente Lambertye.*





*Cuando has observado mucho a una persona, puedes casi —¡casi!— hablar como lo haría ella, y en lo referente a las actividades del presidente me he apoyado en algunas notas que me ha entregado cuando le he visitado en la Toscana. Por lo que a usted se refiere, lector, le será fácil distinguirme: cuando se trata del texto que yo he escrito, está impreso en cursiva; cuando el relato es de Jacques-Henri Lambertye, se utiliza la redonda.*

*Di mi manuscrito, para que lo leyera, a mi compañero Bill, que estudia literatura y poesía francesas del siglo XVI en los Altos Estudios de la Sorbona, tras haber obtenido un diploma de literatura comparada en Princeton. Lo terminó en dos horas, lo puso luego en la mesilla de nuestro pequeño apartamento, en el distrito Quinto. Lo colocó boca abajo, con las páginas abiertas, una práctica que yo detesto porque desgarró el lomo de la encuadernación, y me dijo:*

*—¿Por qué te has fatigado escribiendo eso? No es interesante. ¡Todo el mundo conoce esa historia!*

*La verdad es que lo he escrito por agradecimiento, para darle las gracias a Jacques-Henri Lambertye por esos escasos segundos, lejanos ahora, cargados de electricidad y de corpúsculos químicos, ese momento que él no recuerda y en el que observé, sentí, escuché, la espada del amor absoluto girando con un siseo por encima de nuestras cabezas.*





## II

### El encuentro

La primera vez que vi a la princesa de Cardiff, fue en la antecámara del Palacio de Buckingham, donde yo aguardaba para ser recibido por la reina de Inglaterra. Había entrado en el palacio por el patio enlosado, cruzando la reja tras la que se apretujan los turistas para asistir al relevo de la guardia.

Un ujier abrió la portezuela de mi coche y me acompañó a la entrada del palacio, hacia un ascensor donde me esperaba un segundo ujier. Éste puso en marcha la cabina acristalada hasta el primer piso. Me pidió que esperara un poco hasta que el secretario privado de la reina viniese a buscarme para introducirme en su salón; la antecámara, muy larga, estaba moderadamente iluminada por algunos apliques murales de bronce. Una joven la cruzó en diagonal, de una puerta a otra. Era alta, esbelta, vestía un traje blanco. Ni siquiera me echó una ojeada. Era evidente que no me



había reconocido. Seguí con la mirada sus andares y me pareció que era la princesa de Cardiff, de quien había visto, como todo el mundo, decenas de fotografías en las revistas, especialmente con ocasión de su matrimonio con el príncipe heredero. No estoy seguro de que fuera ella, pero esa imagen, que sin embargo se remonta a dos o tres años atrás, ha permanecido grabada en mi memoria.

Regresé a Londres, hace dos días, para una reunión del G7, el grupo de los siete países más industrializados del planeta, al que uno de mis predecesores había convocado por primera vez, en 1975, en el castillo de Rambouillet.

Esta vez le tocaba a Gran Bretaña presidir nuestros debates. Llegamos a la capital británica para una sesión de dos días cuyo tema principal era la limitación de las importaciones de petróleo. El debate fue muy pesado y, a decir verdad, muy aburrido, pues cada cual consultaba las cifras de sus expedientes. Estábamos divididos en dos grupos: por un lado el presidente americano, Jim Hopkins y yo, partidarios de una posición restrictiva, y por la otra nuestros socios, alemán y japonés, que intentaban evitar limitaciones demasiado graves para la alimentación de sus industrias.

La reina Victoria II había decidido dar una cena en el Palacio de Buckingham en honor de los participantes en la conferencia. La tarjeta de invitación precisaba «a las 20 h», e indicaba como atuendo «traje de noche y corbata negra», lo que significaba que yo debía lle-



var un esmoquin. Pasé a toda prisa por la residencia del embajador para cambiarme, y he nos ya en el palacio. Me acompaña el embajador de Francia pues, desde la desaparición de Monique, acudo solo a este tipo de invitaciones.

Cuando entramos en el comedor, donde la larga mesa estaba iluminada por una sucesión de candelabros de bronce dorado, dos lacayos —¡ignoro si la palabra existe aún!— entregaron a cada invitado una tarjeta ribeteada de oro que le indicaba su lugar.

Yo me sentaba a la diestra de la reina, no sin cierta turbación: el presidente Hopkins es mayor que yo, y su país, pensemos lo que pensemos, es más importante que el nuestro, pero el protocolo dicta sus reglas. Te colocan de acuerdo con la antigüedad del cargo, y yo había sido elegido antes que él. Eso explica que las fotografías de las exequias oficiales muestren las primeras filas atestadas de soberanos de minúsculos principados, tras los que se divisan los rostros afligidos de los grandes de este mundo.

Intenté descifrar la tarjeta de mi vecina de la derecha, pero dada mi miopía me costó leerla. Aquel esfuerzo era inútil pues acababa de llegar. Era la princesa de Cardiff, y en efecto es ella, me digo, la desconocida de la antecámara del Palacio de Buckingham. Yo estaba de pie y me volví para recibirla. Está radiante y me parece más alta que la imagen que de ella había conservado. Tal vez lleve tacones. Sus ojos son azules, de un color que varía con la iluminación. En este momento, de un azul oscu-





ro, como el fondo del mar. Reúne los pliegues de su vestido para sentarse, un vestido de seda blanca descotado que descubre, generosamente, su espalda. Su corte no pone en peligro la supremacía de la costura parisina: la falda sale en una línea oblicua hacia atrás, desde la cintura hasta el suelo.

La princesa se sienta en la silla de madera dorada, con asiento de terciopelo carmesí, situada junto a la mía, y pone sobre la mesa, junto a la línea de copas de cristal que esperan los vinos de la cena, un pequeño bolso envuelto en una red de mallas plateadas. Le beso la mano y ella me interroga, con sus ojos ahora de color pizarra, muy grandes en su rostro, que mantiene inclinado hacia delante, con la barbilla tocándole casi el hombro:

—¿Es usted el presidente francés, creo? —me pregunta.

Recorro rápidamente con la mirada la hilera de invitados que están desplegando sus servilletas.

—Sí, eso creo —le digo, aparentando que su pregunta me divierte.

—No hablo bien el francés —prosigue—. Sin embargo lo estudié en la escuela, y seguí estudiándolo en la universidad. Pero no lo he practicado mucho desde entonces. *Could we speak English?*

—Yo no aprendí el inglés en la universidad —le respondo—, pero desde entonces lo he practicado un poco. ¡Tendrá usted que perdonarme mis faltas de lenguaje!





Y en adelante nos expresamos en inglés.

—Le perdonaré sus faltas de lenguaje, y también sus otros defectos —me dice—. Parece que tiene usted varios. Eso es lo que he leído en los periódicos. Ciertamente es que son periódicos británicos.

Y empieza a reír, con los labios abiertos y una interrogación divertida y levemente irónica dibujada en su rostro vuelto hacia mí. El azul de sus ojos se aclara.

—¿No me responde usted? —me pregunta.

—Es inútil: tiene usted aspecto de conocerme bien —le digo.

—Le perdonaré sus defectos, si no va usted demasiado lejos. —Su piel es tan luminosa que absorbe los reflejos de las velas. Es infinitamente más hermosa, con su rostro vivaz, que en las fotografías. La prensa sólo le hace justicia en parte.

Me observa con cierta aplicación.

—Tiene usted un aspecto muy francés —prosigue—. Aunque más serio que la media...

Entonces río francamente, con la garganta apretada por el almidón del cuello de mi camisa.

—Es una suerte —le digo—, pero tal vez se deba a que oculto mejor mi juego.

Ella no añade nada, su mirada sigue siendo interrogadora. La llegada de la hilera de mayordomos trayendo el primer plato, una especie de pastel de foie-gras servido en una amplia vajilla de plata, interrumpe nuestra charla.

La reina Victoria II se ha vuelto hacia su vecino de





la derecha, es decir yo. Abandono a regañadientes mi mano a mano con la princesa. El rostro de la reina está muy empolvado, como es habitual. Esto la reviste de un caparazón de blancura aplicado sobre el rosa pálido de su piel. Lleva un collar de esmeraldas de impresionantes dimensiones, procedentes sin duda directamente de las Indias. Su expresión es benevolente, naturalmente benevolente, pero algunos trazos que brotan del rabillo de los ojos y de la comisura de los labios revelan algunas insatisfacciones o decepciones. Esta benevolencia forma parte también de su deber de Estado, iba a decir de sus trabajos forzados, pero no quisiera abusar de ello. Lo manifiesta preguntándome:

—¿Aguarda usted resultados importantes de su encuentro? ¿Podrán ponerse de acuerdo? —me pregunta.

Habla un francés perfecto. Sería vano buscar el menor rastro de acento.

—Eso espero —le digo—. Si no lo conseguimos, los precios del petróleo continuarán subiendo y nos arriesgamos a vivir una recesión más grave. Ese problema afecta menos a Gran Bretaña, que dispone de yacimientos en el mar del Norte.

Asiente inclinando la cabeza y sigue haciendo esas preguntas de conveniencia, no inspiradas por curiosidad alguna sino, más bien, como una forma de cortesía interrogativa, preguntas a las que doy respuestas desprovistas de sustancia, semejantes a esas pelotas blandas que los jugadores de tenis intercambian antes de iniciar la partida.





Se han llevado nuestros platos y los han sustituido por un servicio bordeado de verde, que me parece salido de nuestra manufactura de Sèvres. Me siento tentado a dar la vuelta al mío para comprobarlo, pero es imposible pues la reina sigue mirándome.

Cambio de vecina, de acuerdo con la costumbre británica, para proseguir mi conversación con la princesa. Ésta me vuelve la espalda, pues mantiene todavía una discusión con su otro vecino, el presidente del Consejo italiano. Me parece que hablan en inglés, en todo caso ella, pues él emite una sucesión de zumbidos entrecortados.

Observo a placer el cuello y el hombro de la princesa. Su piel es lisa y parece suave al tacto. El brazo que distingo tiene una línea alargada y muestra, cuando se mueve, las flexibles sombras de músculos de amazona. Tal vez se encoja al unirse con el hombro, a diferencia del canon de las estatuas griegas.

Durante los pocos segundos en que prosigo ese examen, me domina una impresión: ese brazo desnudo, enteramente desnudo, a tan corta distancia, una distancia de toque, crea una relación de extraordinaria intimidad. Pienso en la exaltación de Julien Sorel, en *Rojo y Negro*, cuando divisa, muy cerca del suyo, el brazo de la señora de Rênal, cuya mano ha decidido tomar.

La princesa pone fin a esta divagación literaria, volviéndose en su silla. Ha abandonado a su interlocutor italiano, y yo me olvido de su brazo para mirar sus ojos y su fina boca. Me cuesta situar el tamaño normal de



una boca, pues a menudo se ve agrandada por el maquillaje. El dibujo de la suya, que muestra un ligero carmín, es fino, hecho de un solo trazo.

—¿Está satisfecho, señor presidente, de su reunión del G7? —me pregunta.

Repito la respuesta que he dado a la reina.

—¿Por qué no han invitado a los países menos industrializados? —me dice—. ¿No piensa que tienen también sus problemas?

—¡Eso supondría mucha gente! —le contesto, eludiendo la pregunta.

—¿De modo que quieren decidir en su lugar? —pregunta.

Comienza a divertirse, intentando turbarme. Opto por una respuesta seria.

—Decidimos por nosotros, no por los demás. Intentamos ver si podemos ponernos de acuerdo y adoptar una actitud común con respecto a los grandes problemas que se nos plantean, especialmente nuestro aprovisionamiento en energía.

—Pero si entre los grandes países se ponen de acuerdo, eso acarrea inevitablemente consecuencias para los demás. Podrían, tal vez, pensar en consultarles, al menos para conocer su opinión.

Ahora se ha vuelto del todo hacia mí. Su mano izquierda se ha posado en el mantel. El ardor de su discurso me intriga. Evidentemente es un juego, y veo que se divierte contradiciéndome, pero siento también otra cosa, como si afloraran convicciones menos conven-





cionales, que la inclinan del lado de las personas o de los países desfavorecidos o ignorados. De quienes son maltratados. ¿Existe en ella, en esa belleza y esa luminosidad excepcionales, una fisura de desilusión?

La cena concluye con el obligatorio intercambio de brindis. La reina Victoria II se calza un par de gafas que forman un extraño contraste con su diadema. Lee con voz escrupulosa y bien acompañada un texto que ha preparado su secretaria: calurosos votos por el éxito y contribución a la ecología y a la pacífica evolución del planeta.

Aunque la responsabilidad de responderle me corresponde, he conseguido deshacerme de ella alegando mi insuficiente práctica del inglés, y la mayor edad del presidente Hopkins. Éste, que se ha levantado, balbucea de felicidad al pensar que se dirige directamente a la reina. Me da la impresión de estar girando sobre sí mismo como un derviche cuando se dirige, sucesivamente, a ambos extremos de la mesa y evoca, con el acento del sur de Estados Unidos, «el más hermoso día de su vida», aquel en el que toma la palabra en el Palacio de Buckingham: ve en ello un signo favorable de la Providencia para la conclusión de nuestra reunión. ¡No es posible plasmar mejor nuestros sentimientos! Los aplausos, sin embargo —aunque se trata de un público desganado—, se muestran corteses.

Hace ya unos minutos que ciertos ritmos sonoros han despertado mi atención. Diríase que se trata de danzas folclóricas o de marchas militares.



Nos levantamos de la mesa, entre un estruendo de centenares de sillas, para ir a tomar el café a una galería contigua que corre por la parte trasera del palacio, frente al parque. Las ventanas están abiertas de par en par y comprendo de dónde proceden los sonidos: son en efecto marchas militares que brotan del jardín, donde se desarrolla el desfile de los regimientos de la guardia.

Los invitados se dirigen hacia las ventanas y se instalan, apoyándose en los alféizares. Puedo ver, por debajo, el perfecto carrusel de las unidades. Avanzan con paso mecánico, encabezadas por los oficiales que llevan su espada en vertical, luego las hileras de soldados tiradas a cordel, con sus chaquetas rojas, balanceando rígidamente el brazo izquierdo, prolongados por manos con guantes blancos, estiradas hasta la punta de los dedos.

Cuando llegan al final del terreno, dan media vuelta, tras una orden estridente, y avanzan en sentido contrario. Se cruzan, sin que las hileras se entremezclen, con los soldados de otro batallón. Ese mecanismo de relojería está acompasado por dos orquestas que alternan marchas de desfile, al son de tambores y gaitas. Es un espectáculo que alcanza la perfección de su género, en esa tibia velada de primavera, en que las hojas verde aterciopelado de los árboles son iluminadas por los focos puestos a sus pies. Los invitados, encantados, se demoran en el alféizar de las ventanas, algunos mantienen en la mano su taza de café.

Me acerco al mayordomo que me ha servido, para





agradecérselo, pero mi gesto le turba, pues le cuesta quitarse los guantes.

—Ha sido un gran honor conocerle —me dice en francés, con un acento pedregoso.

—¿Es usted francés?

—No, soy portugués, pero he trabajado en París. Además, vivía cerca de su casa, pero nunca tuve la suerte de encontrarlo.

Consigo estrecharle la mano, antes de que vuelva a ponerse sus guantes de algodón blanco.

En la abertura del ventanal del centro, distingo de espaldas a la princesa de Cardiff y al presidente del Consejo italiano. Éste se yergue y parece despedirse. Doy dos pasos hacia delante para entrar en el campo visual de la princesa. A su lado el lugar está ahora vacío y me indica con una señal que me acerque.

—¿Le gusta este desfile? —me pregunta, mientras me apoyo en el borde del balcón.

—Sí, mucho, porque es perfecto. Pocas veces he visto semejante precisión. Debe de exigir un enorme entrenamiento.

—Dedican a eso mucho tiempo —prosigue la princesa—, pero pueden permitírselo, porque tienen tiempo libre cuando no hacen la guerra.

Mientras me habla, la princesa se desplaza levemente hacia mí. El ventanal es amplio y, sin embargo, siento que su brazo se apoya en el mío. Tal vez sea sólo una impresión. Por temor a romper el encanto, permanezco inmóvil, torpemente rígido.



El desfile prosigue, inexorablemente preciso, las hileras se cortan ahora en ángulo recto y la música inicia un ritmo más solemne.

—Es la marcha de la guardia —me dice la princesa—. Nuestra música militar es muy distinta de la suya.

Sí, muy distinta. Pero ¿qué importa eso? Su brazo sigue apoyado en el mío y esbozo una suerte de presión. Ella puede percibir en eso un movimiento natural, un simple desplazamiento, o una respuesta a su gesto. ¿Qué siente? Por mi lado, acecho la más leve reacción de su parte.

Se vuelve hacia mí.

—Veo que le gusta nuestra música —me dice con una sonrisa del todo distendida, tan difícil de descifrar como el impalpable enlazamiento de nuestros brazos.

A nuestras espaldas se oye un confuso ruido: es la reina que se dispone a regresar a sus aposentos. El presidente de los Estados Unidos, los primeros ministros se apresuran a saludarla. Me parece entrever en el rostro de Victoria II una expresión de alivio. Tengo que ir, a mi vez, a despedirme de ella. El embajador me aguarda en el marco de la puerta.

Cuando voy a alejarme de la princesa de Cardiff y mis ojos encuentran por última vez su mirada, levanta la voz y me da un consejo:

—Debería usted venir más a menudo a Londres. Se puede conocer a gente muy interesante.

Y se aleja a su vez para reunirse con el pequeño grupo que acompaña la partida de la reina.

